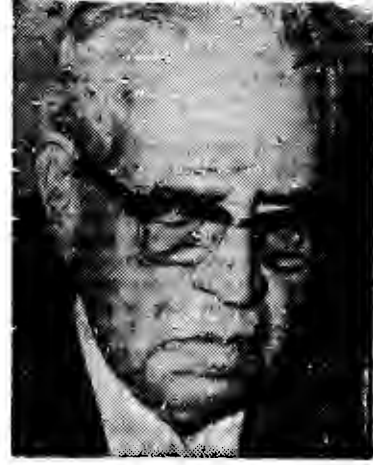


Cómo adquirir la espontaneidad en un idioma



Cristián Rodríguez

Con este artículo ponemos fin a la serie de ocho referentes al estudio de las lenguas vivas, especialmente del inglés y del francés. Esperamos que hayan sido de alguna utilidad o que por lo menos ofrezcan estímulo a los que desean emprender la ardua tarea de aprender otra lengua.

Ahora queremos hacer algunas observaciones sobre perjuicios o ideas erróneas respecto de ese estudio. Con frecuencia oímos decir a un estudiante: "Yo sé bastante inglés, lo que necesito es práctica". Eso que parece lo más lógico es un concepto errado.

Si una ejercita los músculos de los brazos, de las piernas u otras partes del cuerpo, los músculos se fortalecen con el ejercicio, por la naturaleza misma de ellos. Pero la comparación no puede aplicarse al conocimiento o al estudio de los idiomas. En realidad, lo que entienden por "ejercicio" esos estudiantes, antes que ser beneficioso es perjudicial, porque lo más probable es que teniendo un conocimiento deficiente del idioma, con el ejercicio se afirman y consolidan los errores, de modo que el estudiante, por la necesidad de expresarse en otra lengua sin poseer los patrones estereotipados de lenguaje en el idioma que se aprende, comete muchos errores y se expresa en un lenguaje que aunque comprensible ofende el oído del nativo y predispone al que escucha esa extraña forma de expresión contra el que improvisa en una lengua que no conoce lo bastante bien. El estudiante de un idioma cree que conociendo un buen número de sustantivos, adjetivos, verbos y otras partes de la oración en el idioma que estudia, puede construir nuevas frases y oraciones inteligibles. Esto no es cierto. Los idiomas no se construyen con lógica y reglas abstractas, sino que son, por decirlo así, "organismos" en cuya formación el individuo desempeña un papel insignificante. Ese error es lo que Henry Sweet el filólogo (no filósofo como apareció en otro artículo como errata) llama "falacia aritmética", la construcción de un idioma inexistente como si se tratara de esos juegos mecánicos con los cuales los niños construyen puentes, casas, torres, escaleras, etc.

Un adulto que se traslada a otro país adquiere el idioma del país donde reside como si fuera una ciencia infusa no es cierto que el extranjero adulto aprenda el idioma por lo que ve en los rótulos, lee en los diarios u oye de los demás. Lo que absorbe en esa forma es muy limitado, pues el idioma que emplea espontáneamente en las casas se les escapa porque no entra en realidad en íntimo contacto con las familias del país. Eso es especialmente cierto en las grandes ciudades, como Nueva York, Los Angeles, Chicago, San Francisco, Nueva Orleans, Miami etc. En las grandes ciudades, el "hogar", por lo menos el que puede ser accesible a los forasteros, no existe. Más hospitalarias son las familias que han sido a su vez emigradas; pero por lo general éstas hablan un inglés "quebrado" y deficiente, y el forastero que alterna con esas personas puede adquirir los defectos propios de su manera deficiente de ha-

blar. Lo que más se ve en Nueva York, sea por paso, son extranjeros, que sintiéndose "nativos" no dan su brazo a torcer, admitiendo que hablan mal y que deben estudiar. Se cuenta que un norteamericano de los Estados Unidos continental tenía dudas acerca de la correcta pronunciación del nuevo Estado de Hawaii, que se pronuncia de diversas maneras por las diversas personas. Aprovechó un viaje a Honolulu para consultar a un "nativo" cual es la correcta pronunciación de dicho estado. "Vell —le dijo el "nativo"— I pronouncit "Havaii". Por la pronunciación de la ve doble (W., como en Wenceslao) el "nativo" no podía ser otra cosa que un emigrado reciente. Una casa de huéspedes (boarding house) sería el sitio ideal para ponerse el forastero en contacto con las personas del país. Pero esas casas de huéspedes van desapareciendo y cuando existen la gran mayoría de los huéspedes son extranjeros que no hablan bien el inglés. Por supuesto, si el forastero puede vivir en un pueblo más pequeño, de más homogeneidad lingüística, eso sería lo ideal.

Sin embargo, mientras más pequeños son los pueblos mayor es el prejuicio contra el extranjero y la desconfianza que se tiene respecto de él. Sin embargo, es posible, si se trata de un estudiante forastero, que el colegio o escuela donde estudia le recomiende un hogar culto que lo acepte como huésped pagado.

De esta manera el estudiante aprenderá con mucha rapidez y su experiencia lingüística será mucho más rica. Sin embargo, si para aprender mejor, el estudiante se aísla de los amigos de su propio idioma, se corre el peligro de que el aprendizaje se haga a expensas de su propia lengua, o que llegue a olvidar su propio idioma sin llegar a dominar el nuevo. Sin darse cuenta el estudiante adquiere vicios de pronunciación en su propio idioma, cuando habla solo, frente al espejo, y cuando por fin vuelve a reunirse con sus compatriotas u otras personas de habla española, éstos se quedan horrorizados de oírlo decir "pa; que" en vez de parque, "Marta", en vez de Marta y otras abominaciones por el estilo.

El forastero tiene que suplir su exigua experiencia con el inglés con el estudio intenso de la lengua, que no le entra por la ventana. El modo más rápido y eficaz de estudiar la propia lengua es entrar a una escuela o colegio, no para extranjeros, sino para los nacionales del país. Al principio tendrá grandes dificultades y aún puede desesperarse al no poder asimilar buena parte de las lecciones. Pero con el tiempo esas dificultades se obvian y el estudiante está en buen camino de dominar la nueva lengua. Desafortunadamente, la mayoría de los que viven en los Estados Unidos con el laudable objeto de aprender el inglés, no son estudiantes, sino personas que tienen que trabajar para vivir y por lo tanto no tienen mucha oportunidad de entablar amistad con norteamericanos de un nivel de cultura aceptable. Estos estudiantes —si son empeñosos— tienen que complementar su experiencia diaria con la lectura. Los periódicos, que se habitan a leer —

están por lo general escritos en "journalese" (el idioma almidonado o por lo menos afectado y libresco de los periódicos populares. La lengua diaria, la que se habla en los hogares que la conocen por tradición, tiene que aprenderse de labios de los nacionales. Como ello es difícil, la única manera de enriquecer el vocabulario y los giros que espontáneamente usan los que hablan el inglés como lengua materna es la lectura de cuentos o novelas escritas en idioma sencillo, y no literario o retórico. Lo que yo recomendaría es leer asiduamente esta clase de producciones novelescas. En mi tiempo existía el "Safurday Evening Post", fundado por Franklin, revista voluminosa, se vendía a cinco centavos el ejemplar. Ya no existe. El "Evening Post" tenía excelente material de lectura de esta clase, llena de expresiones idiomáticas que se usan y que no están relegadas al idioma libresco de las obras literarias. Hay otras revistas que pueden reemplazar al "Saturday Evening Post", y en último caso puede echarse mano de lo que llaman "pulp", revistas populares y novelitas y cuentos, impresos en papel barato "pulp", que son de escasos valor literario, pero que en cambio parecen reproducir la conversación corriente casi taquígráficamente. Aún esas publicaciones populares tienen inevitablemente cierta cantidad de expresiones literarias y a veces cursis. Pero la abundante lectura de esa clase de producciones hace que queden las expresiones que se repiten constantemente, y el lector deseche el lenguaje libresco o pedante de los malos autores. Lo que se aprende en esta forma se refuerza al oír esas expresiones de viva voz o en el diálogo que contienen las obras de cine. De cuando en cuando conviene alternar con obras de valor literario, en la que se aprenden giros útiles sin el peligro de hablar con el vecino como si el lenguaje se tomara de un libro de lectura. Después que se conoce bien el idioma empleado espontáneamente por los hijos de vecino, no hay peligro de contaminación literaria con la lectura de publicaciones de otra índole, como los semanarios del tipo de "Time Magazine" y otras revistas noticiosas. Una persona culta moviliza poco a poco el vocabulario y giros que adquiere leyendo. La mejor guía es evitar sistemáticamente la pedantería, que, tratándose de extranjeros, no lo es realmente, sino que representa la única forma de expresarse que conoce un extranjero culto.